

Autorizan á V. para que haga de este dictamen el uso que le conviniere, y le ofrecen á la vez el testimonio de su más distinguida consideración, sus afectísimos y seguros servidores Q. B. S. M.

Millán Orio.

Francisco F. Santamaria.

Felipe Prieto y Aguado.

Ubaldo Herrera de la Fuente.

Palencia 30 de Diciembre de 1882.



CAPÍTULO III

¿CORRIGIÓ CERVANTES SUS OBRAS? LAS REVISABA Y LAS CORREGÍA

EL mérito, el valor, la importancia de la naturaleza íntima de un pensamiento, ¿pende de indicar el guarismo 1.º, 2.º, 3.º ó más, ó de la perfección acabada del mismo, que, redondeado por completo, regenera, transforma la nada en un mundo, la negación en verdad, lo árido en bello y la vulgaridad en genio?

Sin disputa, la edición que Cervantes dió por terminada con el *exequátur* de su puño y letra, cual es la presente, vale más que todas las demás; vale más, mucho más, que cuantos juicios emitieron y forman en sus hipótesis los comentaristas de todos los tiempos y de todas las épocas.

Dar más importancia á la primera edición, que aunque primera, no salió correcta, que á la que él revisó y corrigió, siendo la primera en tal caso resultado de imperfecciones que los especuladores de la impresión tuvieron, según algunos afirman; y hacer figurar la segunda, ó la tercera, ó la que fuere, en cierta escala de menos interés, de menos importancia, de menos valor cien-

tífico, por ser obra del talento profundo que su autor invirtió para la terminación completa y bella de la misma, engolfándose en el vasto terreno de la suposición, de la hipótesis y la abstracción ergotista, cual muchos acaso formulan, es confundir de hecho lo cierto por lo dudoso, la verdad por el error, la luz por las tinieblas, dando más importancia á un número que á un pensamiento, á un guarismo que á un genio acabado y admirado.

¿Qué se diría de una obra, primera edición imperfecta, que, corregida y perfeccionada por su autor en segunda ó tercera, llegase en este segundo ó tercer caso á la belleza soñada y se disputase la legitimidad, importancia, corrección y perfectibilidad de lo último, porque lo primero era lo imperfecto y lo segundo ó tercero fué la perfección?

¿Qué se diría, vuelvo á repetir, si al ver hoy terminada con éxito completo una obra, en el original y en los pliegos que el autor corrigió, se negara la legitimidad, la certeza, la exactitud del hecho, porque el impresor faltó á lo que el autor consignó hiciese aquél, y se prefiriese lo incorrecto á lo perfecto?

Si tal sucediese, teníamos que negar la validez de todos los volúmenes conocidos en todas las bibliotecas existentes; teníamos que defender que la corrección nada es, nada significa, que lo imperfecto y ultimado tiene que ceder su puesto al guarismo del tiempo imperfecto primitivo y á la pequeñez humana; que el progreso de la razón, marchando del error á la duda, de la duda á la hipótesis, de la probabilidad á la certidumbre, no es marcha inherente al progreso de la humanidad, y esto es, ya lo veis, un absurdo, una insensatez.

Los que ven el hecho y quieren acomodar sus juicios al de los comentaristas, pagan tributo al amor propio, inclinándose al error.

Esto sucede en el caso actual, y tanto es así, que sus-

tituyendo la hipótesis á la realidad, se niega el hecho por dar cabida al amor propio, que, exagerado, forma uno de los atributos, poco grato, del que le posee.

¿Qué se diría del cuadro de San Antonio, de Murillo, que existe en la Catedral de Sevilla, si desatendiendo su fondo, su belleza, su verdad, su hermosura, defendiésemos que nada significa y nada vale riqueza de tan gran genio, porque unos ladrones, quitando el Santo del resto del lienzo, han hecho que, mirándole de bisel, se perciba una pequeña mutilación que mano malvada ha obligado á descubrir ahora?

Si hemos de seguir á ciertos comentaristas, nada valdrían las producciones de Miguel Angel y Murillo, en bellas artes, ni las de tantos y tantos genios, en ciencias, si, por no tener fecha sus obras, ó carecer éstas de prólogo, negáramos la belleza, la hermosura y la realidad que de sus lienzos y de sus obras se destaca.

¿Quita el mérito del cuadro la pequeña mutilación que se observa? ¿Quita el valor de la composición la fecha de una obra?

Pues observad: si el mérito le dais á la firma, todas las obras de la generalidad carecen de ella; ésta la tiene con los caracteres indelebles de su puño y letra, luego tiene más validez que las de los demás, más fuerza de razón, según vuestros razonamientos, que todas las conocidas.

Y tanto es así, que sustituyendo la hipótesis á la realidad, se niega el hecho por dar cabida á la suposición.

La letra del autor, única, dictada por su imaginación grandiosa, grabada por la mano de quien lloró la pérdida de su compañera en Lepanto, ¿vale menos, menos que significa un tipo de imprenta que el acaso presentó?

¡Oh delirio humano!... ¡Oh aberración social y científica!...

Gran Cervantes, ¡cómo variaron tus conceptos!, ¡cómo comentaron tus pasajes!...

Esa mano sublime, heroica, eminentemente patriótica en la batalla naval, que grabó pensamientos posteriores á aquel hecho de armas, tiene comentaristas que, por tanto admirarle, ó acaso otros, sin saberlo, por deprimirle, dieron más valor, más importancia al tipo de impresión, que á la tinta eterna y semidivina que de su escribanía, acaso de un mal tintero, salió para admirar al mundo con sus bellezas tantas.

Allá va una prueba de lo ofrecido, las demostraciones sucesivas vendrán después.

En el capítulo XXXV. *Donde se da fin á la novela del Curioso impertinente*. Dice la Academia: «Este capítulo está permutado, y este epígrafe corresponde al XXXVI y el de éste al XXXV.»

Pues bien; en el folio 210 vuelto, línea 16 de la capilla, y en la página 407, línea 1.^a de la restaurada, dice: «Sucedió, pues, que por la satisfacción que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida...» y pone al margen, corrigiendo esa permuta de capítulos y corrección acabada de la terminación de la novela del Curioso impertinente, la gráfica llamada, la significativa nota, la preciosa observación, *sigue la novela*, que esclarece los capítulos permutados, puntualizando el sitio, lugar, elección del nuevo capítulo XXXVI, no visto por nadie y desapercibido completamente por tan sabia corporación como la Real Academia.

Cierto que la Academia Española quiso corregir en sus ediciones el error de permuta de capítulos, pero no estuvo en lo fuerte al agregar un segundo extremo al capítulo que no le precisaba, al poner *y se da fin á la novela del Curioso impertinente* en el capítulo XXXV, que permutó Juan de la Cuesta y que no colocó en su verdadero lugar la Academia; esta sabia corporación se extralimitó, fundió dos capítulos en uno, el XXXVI en el XXXV, que omitieron todos en cuantas ediciones han visto la luz pública, haciendo este descuido del pri-

mer impresor, y cierta ligereza de todos los comentaristas, hayan corrido inadvertidamente, pero muy mal, la numeración de todos los capítulos que siguen. Tanto es así, que la demostración de cuanto expongo y precede la hallamos en la terminación del capítulo XXXV.

En folio 110 vuelto, líneas 12, 13, 14 y 15 del ejemplar prueba, y en página 405, líneas 24, 25, 26 y 27 de la edición restaurada, leemos:

«Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase; él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decía...»

Luego la demostración es clara: la nota puesta aquí, así lo demuestra, el sentido común lo dicta; éste es el lugar donde corresponde ese segundo extremo, que malamente colocó la Academia donde no correspondía, en el capítulo XXXV. Fuera con él, y ya que nadie vió esa gran falta hasta el momento feliz en que el ejemplar nos la ha enseñado, felicitémonos todos del instante en que la restauración del *Quijote* es un hecho; hagámoslo así. Ya veremos en mi capítulo VII, nota 34, otra corrección parecida, donde se prueba no tuvo autorización la Real Academia para formar nuevos epígrafes. Allí creó lo que no debió, y aquí fusiona lo que no debe. Véase mi capítulo VIII, nota número 23 de la Academia, y cuanto yo amplío al final de esos capítulos.

De cuantos se han ocupado de los descuidos que supusieron tuvo Cervantes en su *Quijote*, á nadie se le ocurrió esta corrección, que él hace oportunamente en el ejemplar que tenemos á la vista, para demostrar al mundo entero que ni fué descuidado, ni indolente, ni perezoso; que revisaba sus producciones con el cariño que una madre prodiga á un hijo, y con la solicitud que sólo la aplicación, la virtud, la ciencia, la laboriosidad y el convencimiento íntimo que el trabajo da á quienes no tienen más patrimonio que la ciencia para enriquecer al mundo con sus prodigios, á sus compatriotas con el heroísmo, y

á ciertos comentaristas á que depongan ante el altar de la ciencia ciertos conceptos que, desgraciadamente para el progreso de la humanidad, suelen tener arraigados en sus corazones y cerebros.

Y no se crea, señores, que al expresarme así dirijo cargo alguno á la memoria del venerable académico don Juan Eugenio Hartzenbusch, por haber dicho en *La Ilustración Española y Americana*, correspondiente al 22 de Abril de 1878, número 15, página 254, 2.^a columna, línea ocho, al impugnar al señor Máinez, que «el ingenio de Cervantes era de primer orden, quizá el primero entre los festivos; pero era hombre, y era pobre: ya nos dijo él en la *Adjunta á su Viaje del Parnaso*, que *la mitad de los divinos partos y pensamientos del ingenio pobre, se los llevaban los cuidados de buscar el ordinario sustento;*» debiendo también nosotros considerar (y habla Hartzenbusch) que *si no corrigió en su obra ciertos yerros de leve monta, hubo de ser porque contó con la buena razón de sus lectores, con el sentido común de ellos, y supuso que no achacarían á un escritor como él faltas que no caben ni en uno menos que mediano.*

No, señor Hartzenbusch, el pobre Cervantes demuestra en este ejemplar que le terminó, á pesar de su pobreza, sin que exista un pequeño defecto; que la pobreza es el incentivo de los buenos talentos, que el no tener, estimula á los grandes ingenios á dar producciones como la suya, que no compensaron sus contemporáneos, y que después de tantos años todos admiramos. Es preciso convenir, respetable señor Hartzenbusch, que los que viven en la holgura, los que de nada carecen y todo les sobra, se cuidan en lo general muy poco ó nada del trabajo, y que éste, patrimonio exclusivo de los pobres y de la modesta clase media, hace que se alimenten las Universidades, los Ateneos, los Colegios, los Talleres y Centros todos, de savia regeneradora en el progreso, inherente al trabajador, no á los aristócratas.

Bien comprendió, bien supuso que le achacarían gran-

des defectos, si existían, y por esto los corrigió; como hombre de gran talento, preveía perfectamente que la razón de sus lectores se estrellaría ante el defecto encontrado, sin omitir medio de publicarle; ya aquilataba el sentido común de todos, y por esto no tiene este ejemplar un pequeño defecto; veía, sí, que el ser pobre acaso serviría para que se escudasen ciertos comentaristas en su posición social para dispensarle faltas que él, con la fuerza de su razón, les demostró y demuestra ahora que, siendo pobre, fué más rico que todos los príncipes, pues no existiendo errores, superó á todos en la mayor riqueza, el talento.

Cierto, muy cierto, *que la mitad de los pensamientos del ingenio pobre, se los lleva el cuidado de buscar el ordinario sustento,* ¿pero esto prueba, demuestra que él los cometió en su *Quijote*? No.

Si siendo pobre, si no disponiendo de tiempo para el trabajo, hizo tanto, ¿qué hubiese realizado siendo rico? Lo probable es que no hubiera hecho nada.

Quede, pues, consignado que como hombre no podría ser perfecto, convenido; pero convengamos también, según este pasaje del capítulo XXXVI, que, á pesar de ser pobre, corrigió con esmero su *Quijote*, y que no podemos admitir era descuidado y no revisaba sus trabajos. La pobreza sirve, según estas deducciones, para perdonar yerros. ¿Qué merecerá la riqueza, que ni siquiera remotamente, en la pluralidad de casos, en aquella época, imitó al gran genio pobre?

Concluimos de decir que Cervantes era hombre, y como hombre tenía sus defectos, á no dudarlo; el capítulo XXXV y el XXXI parecen demostrarlo si creyésemos á la Academia y á los comentaristas; la permuta que en ellos vemos, ¿fué error, fué falta del impresor ó descuido suyo? En notas respectivas veremos qué juicio debemos formar.

La nota que pone al final del folio 215 vuelto, en su